

PENÍNSULA

DÓNDE SE ESCONDE EL DINERO

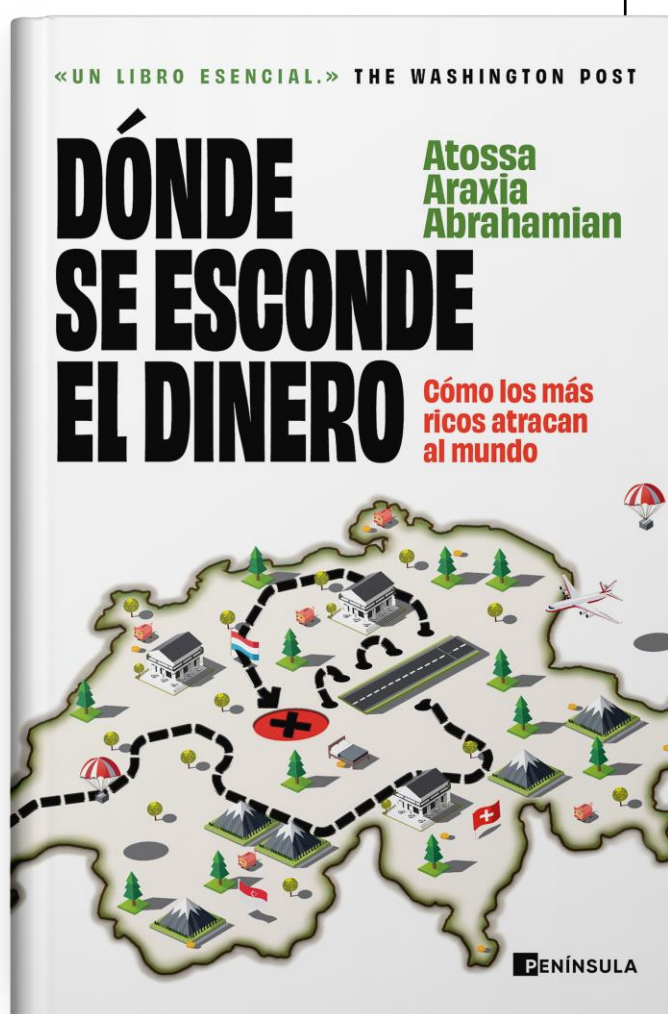
CÓMO LOS MÁS RICOS ATRACAN AL MUNDO

**ATOSSA ARAXIA
ABRAHAMIAN**

UNA INVESTIGACIÓN SIN
PRECEDENTES QUE
DESCUBRE UN UNIVERSO
PARALELO CONSTRUIDO Y
MOLDEADO POR LOS MÁS
PODEROSOS PARA SU
PROPIO BENEFICIO

A LA VENTA EL 4 DE JUNIO

AUTORA DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

Nuestra concepción del globo se estructura en torno a naciones soberanas que, delimitadas con precisión, otorgan o restringen derechos a sus ciudadanos. Sin embargo, existe una dimensión alterna compuesta por miles de zonas extraterritoriales que operan de manera autónoma, escapando a la ley y al poder político. Alrededor del mundo, cerca de seis mil paraísos fiscales dibujan una geografía oculta, revelando el predominio de un sistema basado en la desigualdad que dirige el poder mundial en favor de la élite.

Atossa Araxia Abrahamian, periodista suizo-iraní-canadiense de renombre internacional, lleva a cabo una investigación exhaustiva en la que combina el rigor periodístico con una reflexión crítica sobre sus propios orígenes y privilegios. Desvela las acrobacias legales, la contabilidad creativa y las maniobras que, lejos del ojo público, configuran un universo propio en el que todo se puede comprar y vender. Expone cómo el mapa físico del mundo se aleja de nuestra realidad y desentraña cómo este sistema paralelo interviene e influye en el debate político actual y, además, se cuestiona qué alternativas más justas son posibles.

LA AUTORA

ATOSSA ARAXIA ABRAHAMIAN

es una periodista suizo-iraní-canadiense residente en Nueva York. Actualmente es redactora jefa de *The Nation*, y ha sido redactora en *Al Jazeera America* y reportera de negocios y noticias en Reuters. Asimismo, *The Brian Lehrer Show* de NPR, PRI y la BBC la han invitado a sus programas y, además, fue finalista del Premio Livingston para jóvenes periodistas. Su primer libro, *The Cosmopolites*, recibió una amplia y positiva respuesta de la crítica, y sus artículos se han publicado en prestigiosos medios como *The New York Times*, *New York Magazine*, *NewYorker.com*, *The Nation*, *The Guardian* y *Le Monde*, entre otros.





ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

INTRODUCCIÓN

«Había otra razón, no tan evidente, por la que no llegaba a sentirme del todo cómoda en Ginebra. Tenía que ver con las normas, con quienes las establecían, con quienes se atenían a ellas y con los lugares y personas para los que no eran de aplicación. En la adolescencia veía que los hijos de los diplomáticos disfrutaban de la tácita inmunidad con sustancial a los cargos paternos: aquellos jóvenes se salían de rositas cada vez que la policía los pillaba conduciendo con exceso de velocidad o fumando marihuana en el par que tras caer la noche. Las compras en tiendas libres de impuestos suponían otro privilegio. Si eres extranjero y perteneces a determinada categoría laboral, el mundo es tu aeropuerto. [...]»

«Como descubrí, los diplomáticos solo eran la punta visible de los casos tan curiosos que observabas en Ginebra. En la arteria principal de la ciudad, los bancos privados custodiaban una información a la que ni el propio Gobierno suizo podía acceder, relacionada con cuentas secretas de monarcas depuestos y fortunas amasadas de forma turbia por evasores y escaqueados fiscales de todas las naciones. Y a un corto paseo desde la piscina en la que aprendí a nadar se encontraba el Puerto Franco de Ginebra, un almacén con acceso restringido que operaba al margen de la normativa aduanera suiza. Ideado unos cuantos siglos atrás para facilitar que los mercaderes almacenasen grano, hoy es el lugar donde los oligarcas mantienen a buen recaudo sus obras de arte, vinos, joyas y demás artículos de lujo. Por un lado, la composición de Ginebra es emblemática de una dimensión internacionalista que nos resulta familiar: de la dimensión tangible, imperfecta, muchas veces estimable, que aglomera a personas del mundo entero en un lugar concreto y en un momento preciso, en época de paz. Sin embargo, aquí se da algo más, algo que no llegas a ver del todo, pero cuyo influjo en el mundo circundante es tan profundo como el cosmopolitismo de carne y hueso. Yo le doy el nombre de economía espectral: las transacciones distantes, dispares, pero asombrosamente lucrativas, que tienen lugar no en Ginebra, sino a partir de Ginebra. [...]»

«Empecé a escribir *Dónde se esconde el dinero* con el propósito de comprender cómo mi ciudad había llegado a ser así, cómo su tan denostada insulsez se compaginaba con su inacabable repositorio de secretos. También quería entender por qué yo, ciudadana de Ginebra, me sentía tan a gusto en otros no-lugares variopintos: ciudades-Estado como Singapur y Dubái, refugios fiscales caribeños, centros situados en islas fuera de aguas jurisdiccionales, bares de aeropuertos, vestíbulos de hoteles, enclaves diplomáticos fortificados y depósitos aduaneros. No todos les encuentran la gracia a estos sitios, pero a mí siempre me han resultado familiares, quizá porque comparten la lógica imperante de la ciudad de la que procedo. [...]»

«Pensemos en el comercio mundial. A pesar de su brutal dimensión física, el transporte marítimo de bienes depende de los abstractos tecnicismos que crean zonas económicas especiales, otorgan el control de puertos a corporaciones extranjeras, permiten que países sin salida al mar vendan banderas de conveniencia y establecen resquicios legales que las navieras de carga aprovechan para contratar mano de obra barata a bordo de sus embarcaciones. Las transacciones que financian el traslado de estos productos — las silenciosas transferencias de sumas espeluznantes en pantallas— tampoco tienen por qué atenerse a una geografía estricta. Las rutas que las personas, el dinero y las cosas siguen para cruzar el globo no discurren en línea recta. Sus derroteros son tortuosos, están llenos de paradas, son enrevesados. Y lo son de forma intencional.»

«El tenor de este debate público y, en particular, la dicotomía entre nacionalismo y globalización que estaba cobrando forma, me irritaba. Crecida en Ginebra y sus muchos enclaves, por mi parte tenía claro que podías encontrarte en dos lugares a la vez: en suelo suizo, pero bajo jurisdicción extranjera; obligada a cumplir determinadas leyes helvéticas, pero liberada de otras. A escala mucho mayor, me parecía evidente que el hecho de formar parte de una nación, territorialmente o de otros modos, no excluía la participación en la economía global. Era la razón precisa por la que Ginebra estaba tan llena de organizaciones internacionales. En algún lugar tenías que encontrarte, ¿no? También me fijaba en que los presuntos antiglobalizadores protagonistas de las noticias eran pero que muy, ejem, globalizadores cuando les convenía. Donald Trump tenía hoteles y campos de golf en el mundo entero, por no hablar de su querencia por las mujeres foráneas. [...]»

«Los capitalistas, siempre empeñados en la obtención del beneficio, se dicen que las jurisdicciones liminares y extraterritoriales son unas fronteras. Este libro trata sobre estos modernos señores de la guerra fronterizos y de los escenarios de sus refriegas. Pero el suyo no es un régimen de fronteras abiertas en el que la gente hace lo que quiere. Por mucho que la existencia del globo escondido dé la impresión de poner en solfa el mito de la nación unificada y relevante, la nación es un concepto demasiado tenaz y políticamente aprovechable como para prescindir de ella por entero. [...]»

«Al posibilitar políticas inmigratorias de sesgo nacionalista, el globo escondido en consecuencia circunscribe las vidas de los que menos derechos tienen en el mundo: están los detenidos que languidecen en cárceles extraterritoriales en el Caribe y el Pacífico, los obreros empobrecidos que procesan artículos para la exportación en áreas industriales libres de impuestos dispersas por el subcontinente indio, marineros y solicitantes de asilo aprisionados en embarcaciones de las que no pueden salir porque están sin papeles. Cuando una persona no puede seguir en su lugar de origen y nadie lo quiere en el extranjero, es muy posible que termine por encontrarse en un tercer espacio: ni aquí ni allí. Al ver la realidad de estos espacios, mi forma de ver el mundo cambió. Y creo que la vuestra también va a hacerlo. [...]»

«Los individuos cuyo perfil dibujo — con los que, he de añadir, me tomé mi tiempo para conocer su forma de ver el mundo, sus métodos y sus ideales— no pasan de ser muestra de un grupo mucho mayor que opera en el contexto de fuerzas histórico-mundiales. Agradezco su participación, y no estoy aquí para enjuiciar sus posturas personales. Sin embargo, espero dejar más que claro mi propio punto de vista sobre el impacto que ese mundo escondido ejerce. Cuando los ciudadanos más ricos esconden su dinero para no pagar impuestos, las ciudades y los pueblos han de apañarse con menos, lo que se traduce en peores escuelas, carreteras, infraestructura y sanidad pública. Cuando ese dinero va a parar a centros extraterritoriales, o se transporta desde estos al Primer Mundo, crece la desigualdad. En un momento de desproporcionada transferencia de dinero de los países pobres a los ricos, y no a la inversa, estamos obligados a pensar en los mecanismos que facilitan esto. no pagar impuestos, las ciudades y los pueblos han de apañarse con menos, lo que se traduce en peores escuelas, carreteras, infraestructura y sanidad pública. Cuando ese dinero va a parar a centros extraterritoriales, o se transporta desde estos al Primer Mundo, crece la desigualdad.»

LA CIUDAD DE LOS AGUJEROS NEGROS

«Bienvenidos a Ginebra, la capital del globo escondido. Es una ciudad de excepciones, un Estado como un queso suizo. Durante siglos, sus cámaras acorazadas y escondites han protegido a la gente de la persecución y la revolución, la tributación y la litigación. Desde el Renacimiento, Ginebra es un santuario para las personas fugitivas, y también para su dinero, sus formas de vida y sus convicciones políticas. Comunistas y capitalistas, protestantes y católicos, traficantes de

armas y mediadores por la paz, monarcas exiliados y refugiados sin un céntimo, todos ellos han pasado tiempo en Ginebra [...]»

«El lago Lemán sigue albergando muchos peces, en su mayoría percas, que en los restaurantes fríen y sirven con salsa tártara y limón. Pero el dinero de verdad procede de la economía espectral de la que la ciudad es fantasmal anfitriona, envuelta como está en una maraña de seguridad, neutralidad, leyes de confidencialidad y exenciones impositivas. Ginebra apenas tiene 200.000 residentes, pero más de la tercera parte del comercio mundial de grano se efectúa desde sus oficinas. Más de la mitad de los sacos con café del mundo pasan «a través de» Suiza, en su mayor parte vía compañías situadas en Ginebra y alrededores, de forma muy parecida. Starbucks abrió su primera cafetería en el país en fecha tan tardía como 2001, pero, pocos meses después, la multinacional empezó a comprar su café por medio de una subsidiaria suiza. Hay otras jurisdicciones, como la de Singapur, que ofrecen unos impuestos comparables o menores que los proporcionados por firmas de este tipo. Pero con un banco en cada esquina y una compañía de seguros a cada paso, Ginebra es demasiado conveniente como para hacer las maletas y decirle adiós. [...]»

« [...] Cuando el Parlamento helvético votó sumarse, de mala gana, al régimen de sanciones impuesto por la Unión Europea a Rusia después de que Vladímir Putin invadiera Ucrania, parte del negocio se trasladó a Dubái, una jurisdicción inspirada en — por no decir replicante de— el batiburrillo ginebrino de incentivos fiscales, discreción y eficiencia profesional, hasta el punto de que los tratantes en petróleo comienzan a darle el nombre de «la nueva Ginebra». (Si bien los Emiratos son ricos en petróleo, el 90 por ciento de su comercio de crudo asimismo tiene lugar sin presencia física de barriles.)»

«Suiza es un país sin salida al mar. No es impedimento para albergar algunas de las principales navieras del mundo, compañías que arriendan y gestionan barcos desde Ginebra al tiempo que revisten a sus propietarios reales, los que se llevan los dividendos, en capas y más capas de secretismo corporativo.»

«El contraste entre el cuerpo de la ciudad y su alma muchas veces resulta igual de desconcertante. Una de los centenares de firmas ginebrinas de gestión de activos proporciona a los individuos con patrimonios estratosféricos «asistencia en la apertura de cuentas en el mundo entero» valiéndose de su «plataforma financiera de ultimísima generación». El dinero de estas personas engendra dinero, que a su vez engendra más, un capital que juega al escondite con los inspectores fiscales allí donde va. Todo esto tiene lugar desde un caserón de piedra en un casco antiguo erigido siglos atrás, cuando una «plataforma» no pasaba de ser un entarimado de tablones para trabajar en la construcción.»

«Históricamente, los bancos suizos han sido la zona cero de este atlas fracturado. Durante décadas, operaron como agujeros negros que engullían dinero de casi cualquier individuo, en cualquier lugar, para hacerlo desaparecer. En gran parte era legal: lo que resultaba *ilegal*, bajo la legislación suiza, era revelar a quien fuese el nombre del verdadero propietario de una cuenta bancaria. En año tan reciente como 2015, los tribunales seguían condenando a quienes lo hacían. En el momento de escribir estas líneas, los bancos suizos tienen 8,6 billones de dólares en activos, de los que más de dos billones están en manos de particulares. Por su parte, el producto interior bruto nominal del país es de 700.000 millones de dólares, menos de la décima parte del total mencionado. La asimetría se explica por el hecho de que gran parte de la riqueza atesorada en estos bancos, ya sea en forma de certificados de depósito normales y corrientes o de exóticos derivados financieros, pertenece a personas por completo ajenas al país.»

«Es de sobras conocido que, durante la Segunda Guerra Mundial, el Reichsbank nazi vendió reservas de oro cuyo valor hoy ascendería a 20.000 millones de dólares a los bancos y banqueros ginebrinos, por mucho que los suizos se proclamaran neutrales. El estropicio posterior fue de los que hacen época: una investigación por parte del Departamento de Estado en Washington, investigaciones periodísticas interminables, una comisión anunciada a bombo y platillo para el pago de reparaciones, disculpas por parte de los peces más gordos del sector. Como resultado, la neutralidad — y la práctica bancaria— suiza se convirtió en material para chistes. Pero, por lo visto, esta humillación no fue suficiente. Tras las revoluciones de la Primavera Árabe de comienzos del decenio de 2010 se supo que las entidades financieras suizas, muchas de ellas con sucursales en Ginebra, tenían en depósito millones de dólares en activos pertenecientes a los jefes de Estado de Egipto, Siria, Túnez y Libia. Más que las fortunas vinculadas a dictadores de Nigeria, Filipinas y la antigua Unión Soviética. Llegado 2015, gran parte de este dinero seguía congelado en cuentas desanonimizadas por un valor total de 5.000 millones de dólares. [...]»

«A raíz de su pertenencia a estos organismos, los Estados nación — las piedras angulares del mundo que habitamos— llegaron a ser lo que son hoy. Los imperios fueron divididos en países, las excolonias reconocidas como independientes, y cada unidad nacional dotada de igualdad soberana: una tierra, un país, un gobierno, un voto en la ONU. Es de lo más paradójico, por tanto, que Suiza no se integrara en la ONU hasta 2002. Y es de lo más apropiado que su edificio sea legalmente inviolable por la policía. Varios millares de los empleados de Ginebra tienen mayor o menor grado de inmunidad diplomática, lo que los exonera de determinados impuestos y, en algunos casos, de enjuiciamiento penal.»

«Los organismos internacionales de Ginebra también llevan vidas paralelas. La ONU tiene sus propios sellos de correos, distintas fórmulas impositivas sobre los ingresos y una normativa laboral particularmente disfuncional que en gran parte impide que los trabajadores hagan huelgas, pongan denuncias o se organicen en sindicatos. Incluso tiene una tienda donde los empleados pueden comprar alcohol, cigarrillos y ropa interior sin pagar impuestos suizos.»

«Cumplían con su trabajo y luego se iban, sin dejar viudas o huérfanos detrás, sin necesidad de financiarles pensiones, atención médica o vivienda. El resultado de este comercio en cuerpos humanos fue que las existencias de los varones pobres de los cantones se convirtieron en mercancías. «Los soldados se habían convertido en un producto estandarizado de mercado, en una “materia prima”», escribe el historiador John Casparis. La mercantilización — ¿o sería mejor decir deshumanización?— de los hombres llegó a tal punto que su compraventa se asemejaba a la del ganado. El queso estaba empezando a ser un importante producto suizo de exportación, pero las poblaciones productoras de los famosos gruyer, *raclette* y emmental necesitaban suministro continuo de sal, y en aquellas tierras sin salida al mar no había sal en absoluto. Al igual que los legionarios romanos en su día, los mercenarios empezaron a cobrar un «salario» literal, esto es, en sal. En lo fundamental, así era como funcionaba la política exterior suiza. Y, a su manera, los mercenarios también servían a su país. El negocio con ellos generó un flujo de dinero y ayudó a reducir el desempleo. Según una estimación, durante los siglos XV, XVI y XVII, el 4 por ciento de la población emigró en calidad de tropa mercenaria, proporción que bajó al 1 o 2 por ciento a finales del siglo XVIII. Los hijos de las clases superiores tenían el rango de oficiales. Los tenientes ganaban cinco veces más que la soldadesca; los capitanes, quince veces más. Pero los soldados rasos venían a ser unos siervos carentes de derechos, cuyas existencias eran parecidas a las de los actuales obreros en Dubái o empleadas del hogar en Singapur.»

«El cantón de Ginebra, por entonces una ciudad-Estado independiente, no se integró en la Confederación Suiza hasta más tarde, pero aprendió la lección: era posible ganar fortunas si te comportabas como un vecino eficiente, que no discriminaba entre unos y otros en su labor. Hay otros dos personajes que pueden ayudarnos a entender Ginebra: el predicador y el banquero.»

«La línea que lleva del reclutador militar en el Toggenburg rural a los predicadores calvinistas y a los incipientes experimentos ginebrinos en empresas financieras de nuevo cuño no es una línea recta. De hecho, por no ser, quizá no es ni una línea. El mundo y su dinero cambiaron de forma espectacular entre la Edad Media y el Renacimiento, y seguramente no es adecuado establecer equivalencias. Sin embargo, sí que se produce una confluencia de mentalidades — al menos así lo percibo — que aglutina la venta de ciudadanos-soldados y la comercialización de valores a partir de la esperanza de vida de unas muchachitas. En el fondo es lo mismo: un proceso de abstracción por el que un cuerpo humano se transforma en un bono. Es la esencia de la especulación, la metafísica de la globalización. Incluso podríamos considerarlo una vocación, una verdadera llamada.»

BUENOS VALLADOS, BUENOS PERISTAS

«A principios de 1964, Jean Ziegler, entonces un joven político suizo, recibió una llamada de teléfono. El hombre al otro lado dijo representar a Ernesto «Che» Guevara, el revolucionario y ministro cubano de Industria. Guevara iba a estar en Ginebra en marzo con ocasión de un encuentro de la ONU sobre política comercial, y algunos camaradas habían sugerido que Jean bien podría ser su chófer durante la estancia en la ciudad. ¿Ziegler estaba disponible para el trabajo? Jean Ziegler hoy tiene más de noventa años y es el intelectual público que peor fama tiene en Suiza. Y es así porque, como autor de una treintena de libros, miembro durante casi tres decenios del Parlamento Nacional, además de infatigable cruzado por causas progresistas en su tiempo libre, Ziegler ha dedicado su vida entera a la crítica sin pelos en la lengua a su país natal y al desmesurado influjo que este ejerce sobre el resto del mundo. [...]»

«Ziegler también percibía los ecos de la opresión en su tierra natal; en los mercados de incorpóreas materias primas que los especuladores explotaban para fijar los precios de alimentos y combustibles en lugares remotos, y en las cámaras acorazadas de los bancos situados a pocos pasos de su casa, a las que los cleptócratas desviaban el dinero extraído a los recursos naturales de sus países. Los suizos llevaban siglos enorgulleciéndose de su capacidad para separar la sangre del dinero. Nacido en su seno, Ziegler era una figura iconoclasta que los obligaba a hacerse cargo del coste moral de dicha separación.»

«El Che señaló al otro lado de las aguas. —Tú has nacido en este lugar, y aquí es donde está el cerebro del monstruo — recordó Ziegler que le dijo—. Aquí — prosiguió el Che— es donde tienes que luchar. Lo más seguro es que se tratara de una ocurrencia destinada a disuadir a aquel flacucho aficionado de hacerse matar por la causa. Pero Ziegler se tomó sus palabras en serio. Tenía claro que había algo en el funcionamiento de Suiza que la convertía en excepcionalmente útil para las fuerzas del capitalismo: no como actriz principal, pero sí como apoderada que trabajaba entre bambalinas. Unos años después, Ziegler acuñaría la expresión «imperialismo secundario» para describir el *modus operandi* de su país: distinto del inicial imperialismo francés y británico, del posterior estadounidense, caracterizados todos ellos por la presencia física en el terreno y el recurso al ejército en caso de necesidad. La suiza era una intervención de tipo más discreto, que tenía lugar de manera subsiguiente, a través de un entramado de financieros y firmas multinacionales que mantenían a los países pobres dependientes de los bienes, el armamento y el dinero occidentales (estadounidenses en su mayor parte). Los suizos favorecían estas prácticas al ofrecer regulaciones y financiaciones favorables, así como un entorno de negocio respetable, serio y neutral: reglas y leyes por encima de toda sospecha. En cierto sentido, se trataba del comercio mercenario de siempre, pero con otro nombre. Los suizos ya no enviaban cuerpos físicos al extranjero para combatir en guerras de conquista ajenas. Pero, a ojos de Ziegler, sí que ofrecían una rampa de lanzamiento para su moderno corolario. —Cuando vi lo que de verdad estaba pasando — me dijo—, no podía dejar de denunciarlo.»

«Entre los transgresores se contaban bancos más que dispuestos a aceptar maletines con billetes procedentes de las dictaduras en Portugal y la República Dominicana; agencias inmobiliarias que ayudaban a jeques del golfo Pérsico y coroneles de Guatemala a comprar apartamentos con vistas al lago en los que esconderse, y las subsidiarias de las firmas estadounidenses Dow Chemical y Honeywell, supervisoras de las ventas internacionales de napalm y minas explosivas terrestres. (Ziegler también culpaba a Suiza de haber proporcionado al ejército boliviano el fusil que mató al Che en 1967, por mucho que el arma personal del propio Guevara seguramente fuera un SIG KE7, asimismo fabricado en Suiza.) [...]»

«Ziegler no se ha contentado con señalar aquellos sectores en los que la falta de escrúpulos es la norma. Afirmo que la celeberrima neutralidad política de su país en sí misma es un activo generador de ingresos sin cuento, una ventaja estructural en los planos comercial y diplomático que la élite suiza explota para crear espacios seguros destinados a la maximización del capital y el lucro de los capitalistas, vengan de donde vengan y piensen lo que piensen. Partiendo de dicha base, los suizos mejoran la oferta a través de concesiones especiales que van más allá de lo que sus vecinos europeos seguramente pueden ofrecer: a día de hoy quizá estemos hablando de una deducción impositiva sobre los costes de investigación y desarrollo en la industria farmacéutica; de almacenes especiales considerados como territorio aduanero exterior, donde los ricos pueden atesorar obras de arte o vinos preciosos; de la tendencia a hacer la vista gorda en relación con las prácticas contaminantes o la explotación laboral que las empresas radicadas en Suiza llevan a cabo en el extranjero, y, claro está, de la estricta legislación nacional que prohíbe revelar datos bancarios.[...]»

«En 1934, Suiza adoptó las leyes de secreto bancario, hoy tristemente célebres (y por fin algo atenuadas). La explicación que acostumbra a repetirse sobre sus orígenes — a la que el propio Ziegler se atiene de forma repetida— indica que fue concebida para proteger de posibles persecuciones a aquellos extranjeros que sacaban dinero de sus países de origen. Algunos judíos alemanes, quienes intuían los peligros que estaban por venir, así lo habían hecho, y el Gobierno germano estaba empezando a castigar tales evasiones de capitales con la pena de muerte. Sin embargo, el historiador Peter Hug descubrió que estas justificaciones eran simple propaganda revisionista elaborada en los años sesenta por Credit Suisse. En realidad, la ley del secreto bancario fue el resultado de un escándalo existencial. En 1932, a la policía francesa le llegó un soplo sobre una discreta reunión en un piso enclavado en los Campos Elíseos, donde el director del banco comercial de Basilea estaba brindando asesoría fiscal — de un tipo claramente dudoso— a miembros de la alta sociedad del país. Según parecía, este banco de Basilea tenía unos 2.000 clientes galos reacios a pagar impuestos, entre los que se contaban obispos, generales, editores de periódicos, una decena larga de senadores, un ministro, la mujer de un famoso perfumista y el fabricante industrial Armand Peugeot. Su riqueza conjunta, no declarada en su totalidad, ascendía a nada menos que la quinta parte del PIB suizo. [...]»

«El tejemaneje económico funcionaba de la siguiente manera: durante la guerra, los suizos adquirieron lingotes y monedas de oro (por entonces el patrón mundial), por valor de 1.700 millones de francos suizos a Alemania. Un total que incluía activos rapiñados a judíos deportados y suponía nada menos que la tercera parte de la producción mundial conocida de oro en la época. Los nazis a cambio recibieron francos suizos, que eran muy libres de emplear en la compra de municiones y demás material bélico en un momento en que las sanciones y la debilidad de la moneda nacional estaban haciendo mella en su capacidad adquisitiva. Los bancos centrales de los países que vendían armamento a los alemanes a continuación usaban esos mismos francos para comprar oro a los suizos, con lo que se cerraba el círculo de la transacción.»

CUBOS BLANCOS Y CAJAS NEGRAS

«Los agentes de tráfico encuentran algo inesperado en la guantera: fotografías de jarrones, esculturas y otros objetos que parecen ser antigüedades. Da la casualidad de que su superior antes ha trabajado en un equipo especializado en el rastreo de antigüedades saqueadas o robadas. El hombre llama a sus viejos compañeros en Roma. Por increíble que parezca, ellos llevan meses tras la pista de Camera. Fotos en mano, la policía se hace con una orden de registro. Se presenta en el apartamento de Camera y encuentra un listado con los nombres de profesionales especializados en antigüedades, junto con sus direcciones. Esta prueba de tipo analógico, escrita a mano por el propio Camera con pulcritud, lleva a los investigadores a adentrarse por una laberíntica red de ladrones de museos, marchantes de arte, coleccionistas y compañías-tapadera escondidas en jurisdicciones extraterritoriales. [...]»

«El almacén en cuestión no era un pequeño trastero de tres al cuarto. Se trataba del Puerto Franco de Ginebra: un lugar al que, desde 1888, llegan bienes para quedarse en él, puede que durante existencias enteras, mientras aumentan de valor, escondidos a las miradas indiscretas, sin pagar impuesto alguno, incluso cambiando de manos, y todo ello sin salir del recinto de almacenamiento. Este almacén en concreto llevaba años medio olvidado en una anodina zona comercial-industrial de Ginebra, hasta que de la noche a la mañana se vio situado en el epicentro de espectaculares accidentes de tráfico, millonarios carentes de escrúpulos, un equipo de policías denominado «la brigada del arte» y varios profanadores de tumbas que, aunque parecían salidos de la ficción, eran muy reales. [...]»

«La investigación se extendió por medio mundo y llevó a las autoridades italianas a buscar obras de arte robadas de museos de todas partes, desde Boston a Toledo. Comprometió a figuras vinculadas a instituciones tan lejanas como el Metropolitan Museum of Art y el Getty. Empujó a los suizos a regular el almacenamiento de objetos antiguos y a autorizar a la policía a efectuar registros en el almacén. Aunque fuera de forma breve, el caso Medici arrojó luz sobre este recoleto rincón del globo escondido. Pero el escándalo se disipó del recuerdo con tanta rapidez como había surgido, y el puerto franco otra vez se sumió en la oscuridad. Las luces no volverían a encenderse hasta más de un decenio después. »

«Hay puertos francos por todas partes. También conocidos como puertos libres, zonas de comercio exterior, áreas de comercio libre o zonas económicas libres, se trata de áreas especialmente designadas y habilitadas, ubicadas muchas veces (pero no siempre) cerca de un aeropuerto, puerto de mar o frontera, a las que llegan bienes destinados al país donde se encuentran. Unos bienes que es posible mantener almacenados en ellas sin que estén sujetos a aranceles aduaneros y otros impuestos del país. Pueden ser unos edificios o recintos industriales aislados, barrios enteros o uno de los pisos en un bloque de oficinas. Si vives en Estados Unidos, lo más seguro es que el coche que conduces, los electrodomésticos en tu cocina y los paquetes de Amazon que te llegan a la puerta hayan hecho parada y fonda en un puerto franco antes de seguir su camino en tu dirección.»

«Los puertos francos funcionan merced a una suerte de triquiñuela legal que establece un conjunto de normas novedoso y diferenciado en relación con determinadas personas y mercancías novedosas y diferenciadas: un «dualismo económico », según describe un artículo académico. Y al igual que los imperios y naciones que los establecieron, hay puertos francos de muy diversas formas, dimensiones y configuraciones. Pero todos tienen en común su función de vallado, de cercado en torno a cuanto acontece en su interior.»

«Los puertos libres compartían una forma y una función: suspender sus contenidos en el tiempo y el espacio, pero en beneficio de quién, a qué precio y durante cuánto tiempo exactamente,

variaba de forma confusa según la jurisdicción. Sigue siendo el caso. Lo que hay dentro de tales *entrepôts* también depende de las instalaciones precisas: algunas de ellas son tan primarias como un almacén de la cadena Leroy Merlin, mientras que otras sacan el mejor partido al entorno, de forma tan sofisticada como milimétrica. Determinadas compañías farmacéuticas almacenaron vacunas contra el covid en frigoríficos extrafríos ubicados dentro de áreas estadounidenses de libre comercio con el exterior, a la espera de que el regulador nacional aprobara su utilización masiva. Una enóloga me contó que en su día trabajó en unos viñedos de Burdeos, cuyos vinos de inmediato se embotellaban y enviaban a un depósito libre de impuestos en Londres para que envejecieran en su interior. «Me extrañaría que los compradores hubiesen llegado a probarlo», comentó. [...]

«Yves Bouvier no llegó a reinventar el puerto franco, no exactamente, al menos, pero sí que lo reformuló. Habitante de Ginebra, tenía claro qué es lo que quieren los ricos: tecnología, exclusividad, muros, puertas. Los ricos vienen a Ginebra atraídos por cierta discreción. A los ricos les fascinan, sobre todo, aquellos lugares especiales a los que la gente normal no puede acceder. Otro detalle en relación con los ricos: un poco de oscuridad nunca viene mal. Les gusta que la ley esté de su lado. Por lo general, lo está. Pero los ricos son como todos nosotros: les encanta tener la sensación de que acaban de encontrar un chollo, de que están sacándose un extra por la cara. Bouvier tuvo la idea de reconfigurar el *port franc* como un almacén, no ya solo para los objetos de los ricos, sino también para sus esperanzas, sus sueños, sus deseos. Por lo que tuvo que afrontar denuncias en cinco jurisdicciones diferentes, con el Puerto Franco de Ginebra en el epicentro.»

«Al igual que los dólares que se multiplicaban en los bancos ginebrinos y el café que se filtraba en las cafeteras eléctricas de los mercados ginebrinos de materias primas, lo contenido en el puerto franco de la ciudad no era de cosecha propia. Estos objetos suntuarios procedentes del extranjero habían ido a parar a este depósito porque el depósito, como tantos otros lugares en la ciudad, era un no-lugar, tan limpio como seguro. Como incentivo adicional, las autoridades suizas permitían que los arrendatarios del puerto franco compraran y vendieran sus mercancías entre los muros del depósito sin que tampoco fuera necesario pagar el impuesto local sobre las ventas. [...]

«Se considera de mal gusto que un coleccionista revenda una obra poco después de haberla comprado, como quien revende unas entradas para un partido de fútbol; el valor supuestamente incalculable de una obra está en constante tensión con su precio en dólares. Sin embargo, en la época de Bouvier ya no se disimulaba tanto que el arte constituía una categoría de activos. Del tipo ilíquido — pues los chan-chullos y tejemanejes necesarios para comerciar con obras importantes tienen tanto de arte como de negocio —, pero con independencia de si la inversión al final era *buena* o no, el hecho era que tenía tanto potencial como cualquier otra inversión. [...]

«Los sujetos menos escrupulosos bien podían utilizar el mercado del arte para trasladar, esconder o blanquear dinero: en vista de lo fungible y subjetivo del valor de un cuadro, es inevitable que los criminales se aprovechen. Un capo mafioso o narcotraficante siempre puede transferir una fuerte suma de dinero a un colaborador a través de la «venta» de una obra de arte con un sobreprecio significativo, para después contar con una factura que legitima la transacción. La inversión de montañas de dinero en una pintura de gran valor, que luego se esconde, es otra forma de *retirar* dinero de una industria reprobable, como la minería ilícita, para traducirlo en un activo guardado de forma anónima que puede pagarse en efectivo y conserva su valor.»

«Para un no especialista, eso de «la Suiza de Asia» quizá denote un lugar caracterizado por el gobierno estable, una tradición de trabajo duro — en este caso sustentada en el confucionismo, no en el calvinismo—, el servicio militar obligatorio y una absoluta dedicación al cumplimiento — y la elaboración— de las normas. Pero la lectura entre líneas permite identificar otros parecidos: Singapur, al igual que Suiza, se enriqueció a partir de casi nada, al hacer lo posible por convertirse en indispensable para el capital global. Bouvier posiblemente encontraba otro elemento adicional significativo: Singapur se dio a conocer internacionalmente, no como una nación independiente, sino como un puerto franco de los británicos.»

«[...] Yew comenzó por brindar incentivos fiscales y laborales a las firmas foráneas industriales y manufactureras en busca de mano de obra barata y competente. Acogió en el puerto de Singapur — de aguas profundas y bien resguardado— a las navieras que estaban lucrándose con el novedoso sistema de transporte en contenedores, así como a las corporaciones del petróleo interesadas en un lugar donde refinar el crudo. Su Partido de Acción Popular — que aún no ha perdido una sola elección— abrió una bolsa de valores y estableció la Autoridad Monetaria de Singapur, combinación de banco central y regulador financiero estatal. La ciudad hizo esfuerzos denodados por convertirse en un centro financiero internacional mediante la liberalización y la desregulación, lo que en los años ochenta se traducían en bajos impuestos, minimización del papeleo y una cultura centrada en anteponer el negocio empresarial a cualquier otra consideración. Cultura, por no decir culto fanático. Los gestores de activos, especuladores en divisas, compañías de seguros y *startups* de tecnología financiera comenzaron a afluir en masa. Al igual que los millonarios y los multimillonarios. »

«Singapur tenía hambre, y el almacén de Yves Bouvier — así como el «núcleo artístico» que, según prometía el suizo, iba a acompañarlo— era un cebo apetitoso. Con dinero que invertir y un listado de clientes cada vez mayor, Bouvier se reunió en Singapur con el Consejo de Desarrollo Económico. Según recuerda, este organismo fue «pero que muy eficiente» a la hora de conseguir aprobaciones para el recinto proyectado. Nótese el énfasis en «eficiente ». Junto con otros recién llegados de Europa, empezó a planificar la construcción de una Suiza en miniatura: el arquitecto, el ingeniero y los expertos en seguridad que contrató para trabajar en el puerto franco procedían de su mismo país natal. A esas alturas, no todo les estaba permitido en la Suiza de verdad. Después de los escándalos de las antigüedades acaecidos en los noventa, el país había actualizado las leyes aduaneras para evitar situaciones embarazosas en el futuro (la nueva reglamentación no era de aplicación retroactiva).»

«El puerto franco abrió sus puertas presumiendo de que Christie's, la famosa casa de subastas, iba a arrendar 6.000 metros cuadrados, ampliables en el futuro. Dmitri Rybolóvlev, quien, con la ayuda de Bouvier, había adquirido una de las colecciones más importantes del mundo, trasladó gran parte de sus obras desde Ginebra «con intención de aislarlas y protegerlas ante una posible orden de confiscación o división», según explicaba una declaración legal. [...]»

«Durante por lo menos un siglo, los intermediarios como Deloitte han ayudado a los países a desviar sus prerrogativas de gobierno — la capacidad para regular la industria, naturalizar a ciudadanos y proteger sus fronteras— en el sentido más favorable para los intereses privados. Así es como se elabora el globo escondido: pieza a pieza, agujero a agujero. Cuando Puerto Rico adoptó un régimen industrial caracterizado por la evitación impositiva en el decenio de 1950, lo hizo por instigación de la auditora estadounidense Arthur D. Little, de la que hablaremos en el próximo capítulo. Cuando naciones como San Cristóbal y Nieves o Malta (algo después) decidieron vender su ciudadanía a extranjeros adinerados, una firma llamada Henley & Partners se encargó de comercializar sus pasaportes por el mundo entero. Y cuando Liberia comenzó a vender banderas de conveniencia a armadores interesados en mínimos controles en alta mar, la redacción de su código marítimo corrió a cargo de un abogado estadounidense, y no de un

cargo político local elegido en votación. La acción de desgajar una porción de territorio nacional para que los ricos puedan esconder sus obras de arte con tranquilidad en el fondo no es muy distinta de estas iniciativas. Como resultado de los cabildos de Deloitte, la rama europea de Le Freeport obtuvo en 2011 una concesión hecha a medida y certificada por la legislación aduanera luxemburguesa que permitía a Bouvier comerciar dentro de sus límites. El proyecto empresarial asimismo se hizo con propiedades inmobiliarias situadas a dos pasos del aeropuerto internacional, y consiguió que el banco central del país se comprometiera a trasladar sus reservas de oro del Banco de Inglaterra al nuevo depósito. En 2014, la fortaleza de estilo neobrutalista.»

« [...] De acuerdo con su versión de los hechos, él y Rybolóvlev estaban interesados en establecer otras instalaciones de puerto franco en Mónaco, proyecto que se fue al garete cuando el Gobierno local decidió construirlas por su cuenta. El ruso y el suizo también habían sopesado la posibilidad de montar un puesto comercial en Vladivostok. En 2014, Vladímir Putin declaró su intención de convertir esta ciudad en un eje comercial con Asia Oriental. En vista de las sanciones occidentales a Rusia tras la anexión de Crimea, un depósito ultraseguro y liberado de impuestos, réplica del existente en Singapur, podría ser el lugar idóneo para efectuar transacciones de oro, piedras preciosas y otras materias primas, unas operaciones de naturaleza cerrada y sin tener nada que ver con los bancos occidentales y el dólar estadounidense. Como muy poco, el depósito en Vladivostok podría competir con los almacenes europeos y singapurenses a la hora de atraer clientela rusa, cada vez más interesada en el coleccionismo de obras de arte. Estaba previsto que las negociaciones culminaran en una reunión que se celebraría en el Puerto Franco de Singapur en mayo de 2016, facilitada por un diplomático luxemburgués y por entonces consejero delegado de Le Freeport Luxembourg, David Arendt. Este encuentro, sin embargo, nunca llegó a celebrarse.»

EN LAS ZONAS

«Desde siempre, el hábitat natural de Claude de Baissac no es otro que la rareza territorial. Crecido en Reunión, una posesión insular del Imperio francés, lleva decenios dedicándose a asesorar a los países interesados en acotar zonas de libre comercio dentro de sus fronteras nacionales. Tras estudiar este tipo de zonas en la universidad y hacer un posgrado al respecto, de joven trabajó en el organismo de la ONU en Ginebra encargado de promover estos enclaves en los países en desarrollo. Baissac sabía bien cómo hacer cuentas, llevar a cabo estudios de viabilidad y evaluar los costes, beneficios y riesgos asociados a estos proyectos para que interesasen a las figuras políticas. Según estima, ha contribuido al establecimiento de decenas, por no decir centenares, de enclaves de este tenor convenciendo de su necesidad a Gobiernos e instituciones como el Banco Mundial y ayudando a determinar sus lindes, así como sus normas. Y sus regulaciones. Pero hoy día no está tan seguro de que todo esto fuera buena idea.»

«ADL se jacta de haber sido la primera consultoría de gestión de empresas, precursora de las McKinseys y Deloitte hoy hegemónicas en el terreno de los negocios. Su cofundador, Arthur Dehon Little, era químico de formación, pero se las daba de intelectual. En 1921 publicó un folleto titulado *Sobre la fabricación de bolsos de seda a partir de las orejas de una cerda: una contribución a la filosofía*. Lo del «bolso» no era una metáfora. En esta guía, Little explicaba cómo se las había ingeniado para lograr la transformación de una infeliz cerda llamada Sukie en un bolso femenino por valor de mil dólares. El texto parece ir en serio, hasta que llegamos a la conclusión, donde Little indica que el procedimiento seguido «no ha pasado de ser un ejercicio lúdico más o menos basado en la química».

«La compañía de Little, y, en gran medida, la millonaria industria de asesoría empresarial que la siguió, se planteaba esta misión precisa: encontrar formas novedosas de sacar dinero allí

donde no parecía haber ninguno, aunque hiciera falta sajarle las orejas a un inocente animal de granja para dejar las cosas claras. Al principio, a ADL la contrataban para resolver diversos problemas de índole química, ya fuera el problema suscitado por los pasteles «contaminados» que salían del horno de un panadero de Massachusetts (solución: no hay que hornear pastel de merengue de limón cerca de una gasolinera) o una investigación de mercado centrada en insecticidas por encargo de una empresa química. Pero ADL con el tiempo se ocupó de diseñar las bolsas de valores de Tokio y de Londres, de dirigir la privatización de la red ferroviaria británica y de facilitar la desregulación de las telecomunicaciones europeas. En todos y cada uno de estos casos, ADL se las compuso para dar con formas cada vez más alambicadas de extraer beneficios privados a los recursos públicos que fueran. ADL también obtuvo contratos gubernamentales. Una de las primeras tuvo que ver con un gigantesco proyecto del Gobierno estadounidense para la renovación de la economía de Puerto Rico, fundamentalmente agraria por entonces, y la transformación de la isla en un importante eje manufacturero. [...]»

«En fecha tan temprana como 1942, los directores de fábrica del continente advirtieron que Puerto Rico ofrecía beneficios por partida doble: la posibilidad de evitar los costes y complicaciones derivados de operar en un país extranjero, con la ventaja de una mano de obra angloparlante, dispuesta a aceptar salarios misérrimos e incapaz de ejercer presión democrática sobre el Gobierno federal mediante votación en elecciones nacionales. Los capitalistas no pagaban aranceles sobre los artículos llevados a Estados Unidos, ya que Puerto Rico se consideraba estadounidense por razones de política nacional. Pero tampoco pagaban impuestos federales sobre los beneficios, pues si bien nominalmente estadounidense, la isla no estaba incorporada a la Unión, y en consecuencia era lo bastante extranjera como para que esta clase de chanchullo resultara aceptable. Por último, gracias a un resquicio legal introducido en 1947 con la ayuda de ADL, las exenciones tributarias también eran de aplicación sobre el dinero transferido de regreso al continente.»

«Bolin tenía la misión de sacarle máximo partido al mandato de ADL; más en concreto, se dedicó a realizar estudios sobre las mejores maneras de convencer a los empresarios metropolitanos de la conveniencia de abrir fábricas en la isla durante los últimos años de la contrata puertorriqueña de ADL. Dichos estudios acostumbraban a centrar se en las ventajas que la isla podía ofrecer, unos chollos que iban mucho más allá de lo que un verdadero estado de la Unión podía permitirse sin quebrantar las normativas de salario mínimo o seguridad en el trabajo. Los archivos de ADL, conservados en el Instituto de Tecnología de Massachusetts, dejan claro que la firma coadyuvó a crear estos incentivos (en su calidad de asesora del Gobierno puertorriqueño) y, en paralelo, los publicó entre los hombres de negocios estadounidenses a través de folletos, encartes en revistas y anuncios en periódicos. [...]»

«A medida que las ideas de Bolin iban cobrando forma en las fronteras americanas, los burócratas de Naciones Unidas en Ginebra observaban el proceso desde la lejanía. Las turbulencias políticas y sociales de los años sesenta habían dado paso a un estallido de nuevas ideas en el seno del organismo, con opiniones divergentes sobre la mejor forma de organizar la economía mundial después del ingreso en la ONU de 89 nuevos países independientes entre 1945 y 1975. El movimiento de los países no alineados, que no se decantaba por ninguno de los dos bandos durante la Guerra Fría y estaba integrado por Estados pobres, pequeños y anteriormente colonizados, empezó a promover una concepción progresista del internacionalismo basada en la equidad, la dignidad, la autosuficiencia y la cooperación. Estos pueblos habían estado sometidos durante muy largo tiempo y, según argüían, su independencia nacional suponía la oportunidad de alterar de una vez por todas el equilibrio global de poder. Los países capitalistas ricos y desarrollados, encabezados por Estados Unidos y antiguas potencias imperiales, se hacían cargo de la atmósfera reinante, pero veían las cosas de otra manera. Como hoy sigue sucediendo, consideraban que los mercados constituían el mejor

medio para conseguir la prosperidad en el mundo entero, y en el plano político estaban decididos a hacer lo que fuese para impedir la extensión del comunismo. No estaban dispuestos a renunciar a las tan provechosas relaciones con sus dependientes pobres, por mucho que tales relaciones fueran de carácter básicamente explotador. Todo era cuestión de encontrar un arreglo algo menos desagradable que el imperialismo desatado. E iban a encontrarlo en el territorio liminar de la zona. [...]»

«El resultado de este esfuerzo colectivo fue que, llegados los años ochenta, las zonas francas — inspiradas por el imperialismo estadounidense, alimentadas por la descolonización y difundidas a través de un organismo en principio anticolonial—cobraron vida propia. El FMI recetaba zonas libres a los países a los que prestaba dinero, bajo el supuesto de que la presencia de industria foránea ayudaría a las naciones a devolver la deuda de forma más disciplinada y puntual. Jamaica, país que pocos años atrás había liderado el intento de establecer unos sistemas económicos más equitativos en el seno de la ONU, en 1976 pasó a albergar la Zona Franca de Kingston, seguida por la Zona Franca de Montego Bay (1985), la Zona Franca de Garmex, la Zona Franca de Hayes y la Zona Franca de Cazoumar, por mencionar unas pocas de las plantas jamaicanas procesadoras de alimentos y de confección, caracterizadas por los sueldos bajos, la exención impositiva y la escasa protección laboral.[...]»

«El hecho de que las zonas francas encajaban a las mil maravillas con la ortodoxia económica de los años ochenta — el neoliberalismo de corte reaganiano-thatcherista, la ascensión de las gigantescas corporaciones multinacionales— llevaba a que muchos pasaran por alto un problema persistente: no estaba claro que fuesen el curallotodo económico que sus defensores suponían. Una vez más, seguramente hay que atribuir a Mauricio el mito del milagro de la zona franca. En los años noventa, algunos de los economistas más famosos del mundo viajaron a la isla para tratar de explicar cómo, y en contra de todas las previsiones, esta nación diminuta, antaño por completo dependiente de los precios del azúcar y más que vulnerable a turbulencias económicas y medioambientales que escapaban a su control, se las había compuesto para protagonizar una historia africana con final feliz.»

« Sin los empresarios mauricianos de origen chino, en Hong Kong posiblemente no existirían fábricas productoras de calcetines y medias en masa. Y otro tanto podía decirse respecto a los capitalistas franco-mauricianos con contactos en las casas parisinas de modas. Y sin los Poncini y sus vínculos con el país de origen, esta idea quizá nunca hubiera llegado a despegar. [...] En términos más sencillos, las excepciones de Mauricio eran, en sí mismas, excepciones dentro de otras excepciones. En los demás puntos del globo, resultaba mucho más frecuente que las zonas francas abrieran sus puertas, dieran empleo a unos pocos centenares de obreros con sueldos bajos, ahorraran algo de dinero a las corporaciones y no ejercieran efectos tangibles a largo plazo sobre la calidad de vida o infraestructura locales.»

«El recurso automático a la implantación de una zona franca como curallotodo para las economías en desarrollo ha originado la aparición de centenares de enclaves corporativos de valor económico marginal, incluso para las compañías que operan dentro de ellos. Y es más, las zonas francas también pueden ser directamente perjudiciales para las comunidades que viven en su derredor, muchas veces carentes de las aptitudes o formación necesarias para acceder a los empleos prometidos.»

UN MUNDO HACKEADO

«Tuve que pensármelo antes de decidirme a incluir un capítulo sobre las ciudades aforadas en este libro, en parte porque la idea tiene poco de nueva. Para empezar, según la definición

provisional formulada por Paul Romer, una ciudad aforada es un territorio ubicado en un Estado que opera bajo las normas, o fueros, de otro Estado, lo que viene a describir con bastante exactitud la mitad del mundo bajo el colonialismo. Y al Vaticano, a las embajadas y al Hong Kong regido por la política china de «un país, dos sistemas». Se trata de una versión corregida y aumentada del puerto franco, de tenor político, y la razón principal que nos lleva a contemplarla con tanta extrañeza es que los Estadosnación hacen gran hincapié en su propia soberanía. La idea de las ciudades aforadas lleva a pensar en una peligrosa intromisión, en una influencia extranjera sobre un lugar que en principio le es ajeno. Las ciudades de este tipo fracturan la integridad de la nación. Pinchan el globo común.»

«Las ciudades aforadas venían a suponer una intromisión semejante, otro hackeo más, y Romer durante un tiempo hizo lo posible por convertirlas en realidad. Se acercó a Honduras y Madagascar para ver si uno de estos países con territorios despoblados estaba dispuesto a albergar su proyecto y cedérselos para una estructuración legal a su gusto, pero en ambos casos le dijeron que no. Su búsqueda llevaba a pensar en el chiste hecho por Groucho Marx: no vale la pena ingresar en un club dispuesto a aceptarte como socio. Tan solo los Estados más disfuncionales y desesperados estaban dispuestos a plegarse a un acuerdo de ese cariz. Ningún dirigente nacional que se respetase aceptaría embarcarse en lo que parecía ser un proyecto neocolonial.»

«En la isla de Roatán, una antigua colonia española, hoy británica, sita frente a la costa oriental de Honduras, un enclave semiautónomo de hecho empieza a cobrar forma. En esta isla se ha desarrollado el proyecto Próspera, una ciudad privada y zona económica especial que cuenta con una población turística con un puñado de edificios, unas cuantas viviendas y un complicado sistema de residencia legal por vía telemática que permite al individuo convertir-se en miembro de la comunidad y registrar un negocio sin necesidad de vivir físicamente en ella. Próspera cuenta con su propio sistema impositivo, de zonificación y gobernanza urbanas (un consejo de Gobierno que toma estas decisiones) y contrata a guardias de seguridad privada en lugar de a policías locales. Ninguno de los ejecutivos de Próspera con quienes he hablado vive allí a tiempo completo, por mucho que insistan en que está destinada a convertirse en una pujante comunidad de hondureños con buenas condiciones de vida y salarios aceptables haciendo cosas como teletrabajo, al tiempo que genera ganancias sin cuento para los inversores a través de las comisiones y el mercado inmobiliario. Próspera recabó la ayuda de la firma establecida por Zaha Hadid, la finada arquitecta y diseñadora anglo-iraquí, para que hiciese futuristas representaciones del territorio, pródigas en líneas curvas y estética de la era espacial.»

«[...]El argumento en contra indica que este sistema antepone los intereses financieros del inversor a los de la nación anfitriona, y de forma deliberada, infringiendo la soberanía nacional y el procedimiento democrático, al tiempo que permite a las corporaciones-tapadera demandar a países enteros y reclamarles sumas disparatadas. Los datos también indican que los proyectos resultantes tampoco llevan a una mejora perceptible del nivel de vida local.»

«En 1944, el *New York Post* publicó una serie de columnas titulada «Puertos francos para los refugiados», escrita por el autor Samuel Grafton. Coetáneo de I. F. Stone, Graf-ton llevaba cierto tiempo siguiendo las noticias sobre la primera zona económica especial estadounidense, denominada Foreign Trade Zone I. Y había observado que al depósito libre de impuestos en Staten Island llegaban cajas con artículos que permanecían almacenadas un tiempo, sin que casi nadie las tocara, antes de salir al mundo otra vez. ¿Quizá valía la pena establecer una ayuda parecida para salvaguardar a millones de refugiados europeos? «En los puertos comerciales hacemos eso mismo con cajas de judías en lata, con intención de almacenarlas y obtener unos beneficios — escribía Grafton, sardónico—. No me parece imposible hacer otro tanto con las personas.» Claro está, la columna se entiende en el contexto del masivo exterminio nazi de los

judíos europeos y de la reticencia del Gobierno estadounidense a aceptar mayor número de ellos. Grafton era consciente del modo en que los xenófobos y antisemitas habían establecido los términos del debate, obligando a cambalaches de vidas humanas por medio de absurdas circunvalaciones normalmente reservadas a las mercancías. Cosa que lamentaba. »

LA CIUDAD Y LA CIUDAD

«El Centro Financiero Internacional de Dubái (DIFC, por sus siglas en inglés) encierra un universo de creación propia. Geográficamente, el DIFC ocupa 45 hectáreas de propiedades inmobiliarias de máximo valor, con decenas de edificios en pleno centro de Dubái. En el plano legal, se trata de una zona de libre comercio dirigida por un consejo nombrado por el mandatario de esta ciudad-Estado, con sus propias leyes hechas a medida y en beneficio de las empresas extranjeras. En el momento de escribir estas líneas hay más de 5.500 compañías registradas en el DIFC, algunas de ellas tienen conexiones tangibles con el emirato, otras no pasan de ser meros buzones establecidos para explotar la tan ventajosa regulación.»

«El DIFC también es un gigantesco y deslumbrante centro comercial dotado de tres hoteles, rascacielos con apartamentos de lujo y restaurantes, tiendas de ropa, balnearios, salones de belleza y galerías de arte al máximo nivel. Sin olvidarnos de la fe: los mercados duermen por las noches, pero la gran mezquita del DIFC está abierta veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Todo esto transforma al DIFC en algo diferente: un microcosmos del mundo en el que todos viviremos algún día. Un mundo en el que las demarcaciones no tan solo delimitan fronteras, sino también personas, compañías y riqueza material, en el que las propias ciudades cada vez están más segregadas en función de los ingresos, la clase y el estatus, y en el que se difuminan las lindes entre lo personal, lo político, lo comercial y hasta lo espiritual. Este mundo va a producir unos Estados de nuevo cuño, leyes de nuevo modelo, dioses de nuevo tipo y fronteras de nuevo tenor. Dubái anticipa adónde van a llevarnos.»

«[...] Pero Dubái no podía dejarlo ahí. Al fin y al cabo, los que querían una Suiza ya tenían una Suiza..., así como un Luxemburgo, unas Caimán y tantos otros lugares que aplicaban pocos o cero impuestos y tenían un prolongado historial de protección de la riqueza a toda costa. Por consiguiente, a fin de seducir aún más a los inversores, el DIFC les vendió una cosa más: las leyes. Las leyes no son algo estático. No brotan y crecen del suelo, como si fueran un árbol. No exigen un hábitat determinado para desarrollarse, como un insecto o un pájaro. Más bien se asemejan a un virus, pues van de un sitio a otro y cultivan nuevos portadores y transmisores, sin cesar de mutar por el camino.»

«Sondearon el ambiente, y pronto quedó claro que, por muy interesante que fuese una zona franca con baja fiscalidad y mínima burocracia, las firmas foráneas querían un sistema legal familiar al que atenerse en casos de litigios por insolvencia, protección de datos, propiedad intelectual y desacuerdo laboral. Mauricio tenía ventaja a este respecto, pues su tribunal de apelación superior era — y sigue siendo— la denominada Comisión Judicial del Consejo Privado de la Corona, un tribunal londinense de Derecho común con la potestad de emitir sentencias judiciales definitivas en 27 lugares. El injerto de una réplica de este sistema británico resultaba demasiado colonialista como para pensar en él. De manera que trataron de dar con una alternativa más digerible. La confección de una jurisdicción compuesta, de una amalgama legislativa con regulaciones importadas de otros lugares y jueces formados en las leyes del mundo. Para llevarla a cabo, el DIFC iba a necesitar su propio doctor Victor Frankenstein... Con quien se tropezaron por casualidad: un inglés con los ojos azules llamado Mark Beer.»

«A medida que Dubái iba creciendo y expandiéndose, mientras implantaba nuevas zonas de negocio especializadas, como Media City, cuya particular legislación en teoría permitía mayor libertad de expresión que en el resto del país; Healthcare City, favorecida con determinadas concesiones técnicas a los hospitales, e Internet City, donde está el cuartel general de Mastercard, Beer empezó a meditar en profundidad sobre el efecto que las distintas legislaciones ejercían sobre las economías. Durante la mayor parte de su carrera profesional había estado operando bajo la misma premisa que sus colegas de la abogacía con formación tradicional (y que la mayoría de las personas a su alrededor, de hecho): dando por sentado que, desde que la descolonización estableció un nuevo mapa de Estados-nación diferenciados, las leyes y los territorios se habían vuelto inextricables. [...]»

«A primera vista, se diría que a Dubái le viene bien contar con un tribunal de este tipo: un tanto extraño, sin duda, pero adecuado en una ciudad llena de migrantes y expatriados. En estos juicios no hay verdaderos perdedores, pues quien está en situación de presentar una demanda en el DIFC, por definición, se halla en situación de privilegio. Esta no es una corte al servicio de las asistentas domésticas filipinas que trabajan todas las horas del mundo, de las prostitutas moldavas semiesclavizadas por los traficantes de seres humanos, de los peones bangladesíes que sufren accidentes en la obra de turno, de los trabajadores que han construido Dubái con su sangre, sudor y lágrimas. La pequeña sala anexa dedicada a pleitos laborales casi no se ocupa más que de sus propios empleados de oficinas. En paralelo, el más nuevo de los tribunales de Dubái revela algo más inquietante: que la propia ley se ha convertido en una mercancía. La cuestión aquí no se centra en juicios injustos o jueces parciales: las víctimas no son los querellantes ni los acusados, y en este sentido da igual que ganen o que pierdan. Lo que el tribunal del DIFC hace es establecer unas nuevas reglas del juego: a fin de ajustarse a las necesidades de expatriados, empresas y consorcios multinacionales extranjeros, los países ahora han de ofrecerles un sistema judicial separado, importado de otros lugares. Y cuando los ricos recurren a los tribunales de justicia extraterritoriales, a los que de paso aportan sus tasas y sus abogados, el sistema judicial territorial también sale perjudicado.»

«A la hora de seducir a los capitalistas, Kazajistán en principio presenta rasgos poco atractivos: que si su autocracia duradera, que si su dependencia de la exportación de hidrocarburos, que si su tendencia a la corrupción, que si la puñetera película *Borat*... ¿A quién se le ocurriría abrir una empresa en semejante lugar? ¿Quién tendría las narices, estaría dispuesto a asumir el riesgo, haría el primo esta vez? Resulta que hacer negocios en un Estado con pésima reputación también tiene sus ventajas. Sus gobernantes tienen delirios de grandeza. Y quieren ganar dinero. Y pueden hacer lo necesario para conseguir sus objetivos. [...] Dos años más tarde, el presidente del Tribunal Supremo kazajo aprobó un conjunto de reformas judiciales conocido como «los siete pilares de la justicia», con la finalidad de incrementar la confianza en la magistratura nacional.»

AD ASTRA

«De forma muy parecida a su cercana prima Suiza, la minúscula Luxemburgo se enriqueció enormemente durante el pasado siglo mediante la lubricación de la maquinaria financiera global. Y ahora que los multimillonarios, las *start-ups* y las principales corporaciones aeroespaciales se aprestan a acaparar territorios en el cosmos, Luxemburgo explota su ubicación en la Tierra para ayudar a que el capitalismo se instale en lo más profundo del espacio. [...]»

«A medida que los recursos naturales terrestres se agotan con rapidez, los mineros de asteroides consideran que la solución está en las descomunales cantidades de agua, minerales y metales sin explotar en el espacio exterior. En 2017, Goldman Sachs envió una nota a sus clientes haciendo hincapié en que la minería de asteroides «podría ser más realista de lo que suele

pensarse», gracias al desplome en los costes necesarios para el despegue de cohetes y los enormes filones de platino enquistados en los peñascos espaciales y a la espera de ser explotados. Entre otros, los inversores de capital riesgo han estado vertiendo millones y más millones en la industria espacial. Según una estimación, un total de 1.832 empresas espaciales han recibido financiación por valor de casi 300.000 millones de dólares durante la última década.»

«El espacio también es el escenario idóneo para los egos desmedidos que se expanden hasta el infinito. Jeff Bezos, el propietario de Amazon, está convencido de que, más pronto que tarde, una «cuarta revolución industrial» reubicará toda la industria pesada más allá de la órbita terrestre. Space X, la corporación espacial de Elon Musk, ha lanzado Starlink, una constelación de satélites privada que sirve a todo el planeta, y ha firmado contratos multimillonarios con la NASA (agencia que ha estado haciendo considerables esfuerzos por ampliar su colaboración con el sector privado). En el año 2000, Bezos constituyó Blue Origin, un fabricante de cohetes y otros aparatos para explorar el espacio. El dueño de Amazon ha estado orbitando personalmente en derredor de la Tierra, y otro tanto ha hecho Richard Branson, en su día fundador del sello discográfico Virgin, una marca hoy expandida a muchos otros sectores.»

«Y bien, ¿los peces pequeños pueden hacer otra cosa? En una economía global que enfrenta a los países de manera despiadada, a un Estado como Luxemburgo no le queda más opción que explotar su recurso más valioso: la soberanía nacional. Mediante la elaboración de unas normas, le-yes y regulaciones innovadoras que solo este Estado podía ofrecer o estaba dispuesto a hacer, Luxemburgo atrajo bancos, empresas de telecomunicaciones y firmas de consultoría antes de que cualquiera de estos sectores llegara a dominar la economía global. Y al cortejar a los mineros de asteroides y los *cowboys* espaciales antes de que los demás se los tomen en serio, bien puede estar haciendo otro tanto en lo tocante a la mercantilización del espacio. La minería de asteroides «no es una idea nueva; lo que sí resulta nuevo es que ahora hay países que le prestan respaldo», me dijo Chris Voorhees, el consejero delegado e ingeniero en jefe de Planetary Resources cuando nos encontramos en Seattle. —Todo el mundo decía que era algo inevitable — agregó—, pero nadie sabía cuándo iba a ocurrir. Luxemburgo está convirtiéndolo en una realidad.»

«Resulta lógico preguntarse cómo es posible que una monarquía europea marginal, espoleada por un dicharachero socialista, acabara por convencer a los emprendedores estadounidenses de ultimísima generación de que su Estado, poco mayor que una aldea, estaba en situación de empujar a la humanidad — y el capitalismo— a las profundidades del espacio. El Gran Ducado en 2017 no tenía organismo espacial ni pista de lanzamiento; su capacidad de investigación también era modesta. El país abrió su primera y única universidad en 2003, y sus fuerzas armadas están formadas por 1.128 militares, todos ellos desplegados en la Tierra. La imagen de Luxemburgo no es la de una potencia exploradora del espacio. De hecho, hay quien tiene dudas de que sea una nación de verdad. [...]

«Según el economista Gabriel Zucman, los observadores del mundo financiero tienen muy presente su existencia. —Luxemburgo tiene bancos privados, lo mismo que Suiza, y cuenta con fondos de inversión, como Irlanda. Es tan conveniente para eludir impuestos de sociedades como Bermudas o los Países Bajos, y también alberga uno de los dos depósitos centrales de valores internacionales, por lo que es activo en eurobonos — me explicó por teléfono—. Es el paraíso fiscal por antonomasia, el mejor de todos, presente a todos los niveles de la industria financiera. Tony Norfield, antiguo banquero en la City londinense y hoy autor especializado en las finanzas globales, ha descrito Luxemburgo como «la quintaesencia del parasitismo ». La historia de este país marginal y casi indefenso que ha sobrevivido a guerras mundiales, crisis económicas y cataclísmicos avances tecnológicos para convertirse en un centro bancario y

financiero de primer orden resulta parecida a la de Suiza. Y es elocuente sobre lo muy arriba que puede llegar un país pequeño si se especializa en adelantarse y acomodarse a las necesidades del capital global.»

«Algunas de las soluciones eran bastante descaradas. Luxemburgo estaba obligado a hacer más con lo que tenía: o sea, a hacer menos, y de forma deliberada. Según Schmit, el atractivo primordial del país «no era lo que hacíamos, sino lo que nos absteníamos de hacer». Por poner un ejemplo, Luxemburgo no tenía su propio Banco Central. El país formaba parte de una unión monetaria con Bélgica desde 1921, de modo que usaba la misma divisa, pero sin imponer exigencias de reservas al sector bancario, lo que significaba que los bancos, ya fueran simples entidades de ahorro o bien dedicados activamente a la inversión del dinero de sus clientes en el extranjero, eran libres de prestar o gastar el dinero que en otras jurisdicciones estarían obligados a mantener en depósito, lo cual incrementaba las oportunidades para especular y sacar beneficios. [...] Resultó que uno de tales espacios se hallaba por encima de la Tierra. En 1977, Luxemburgo se metió en el negocio de la televisión vía satélite.»

«La Société Européenne des Satellites (SES) se convirtió en la primera empresa privada europea de televisión vía satélite, capacitada para emitir directamente a los hogares de los espectadores. Además de poner fin al monopolio estatal europeo de emisores, con el tiempo se convirtió en una de las mayores compañías privadas de satélites en el mundo. Una vez que SES empezó a obtener ganancias, quedó claro que la desregulación luxemburguesa había dado los frutos apetecidos. [...]»

«En 2014, el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación hizo públicas las «resoluciones fiscales» luxemburguesas. Conocido como «Lux Leaks», este gigantesco acopio de datos filtrados en la red reveló que, entre 2002 y 2010, la agencia tributaria nacional aprobó una serie de acuerdos confidenciales que permitieron a American Insurance Group, IKEA, Deutsche Bank y más de trescientas grandes corporaciones adicionales ahorrarse los miles de millones de dólares que tendrían que haber pagado de haber estado acuarteladas en otros países. Estas resoluciones impositivas no eran necesariamente ilegales, y es sabido que Luxemburgo no era la única en aplicarlas — Bélgica, Irlanda y Holanda también hacían algo parecido—, pero causaron un escándalo reflejado en artículos de prensa condenatorios, protestas en Europa y promesas de regulaciones más estrictas por parte de la Unión Europea. El escándalo desencadenó investigaciones a uno y otro lado del Atlántico, y varias denuncias obligaron a la revelación de nuevos datos sobre otras corporaciones basadas en Luxemburgo. (Un detalle para la historia: el arreglo de reestructuración fiscal de Amazon en Luxemburgo a través de 26 pasos llevaba el nombre de Operación Reyezuelo, en honor al pájaro nacional del país.) [...]»

«Luxemburgo no es el único Estado que comercializa su soberanía nacional. Ni siquiera es el más desvergonzado al hacerlo. Por poner un ejemplo, Luxemburgo no vende su ciudadanía de modo directo, como sí que hacen otros diez o doce países, entre ellos Malta y Antigua y Barbuda. El Gran Ducado no ofrece su territorio a multinacionales, como hizo Madagascar al vender terrenos agrícolas a la firma coreana Daewoo (un golpe de Estado invalidó este acuerdo en 2009). Tampoco alquila islas enteras a una empresa china, como Tulagi, parte de Islas Salomón, que intentó alquilarse de forma efímera en 2019 (las autoridades nacionales pusieron fin a la iniciativa). Luxemburgo nunca ha subastado direcciones postales ni el dominio .lu entre profesionales del porno de tercera categoría, como hicieron Niue y Tuvalu, dos islas del Pacífico, en los años noventa, convirtiéndose así en epicentros internacionales del negocio del sexo telefónico. [...]»

«Con el tiempo, y en todas partes, la doctrina *ad coelum* se vio diluida por las regulaciones nacionales sobre rutas de aviones, cables del telégrafo y, en época más reciente, dispositivos

tecnológicos como los drones. Pasó a considerarse que las naciones, y no los particulares o las unidades jurisdiccionales menores (los Estados, en el caso de Estados Unidos), eran los que tenían autoridad soberana sobre sus cie-los, al tiempo que un pormenorizado sistema de permisos y licencias facilitaba las idas y venidas de los aviones comercia-les y alquilados que cruzaban o partían desde los espacios en lo alto. En paralelo, las convenciones internacionales convirtieron el espacio aéreo entre los países en extensiones de alta mar, donde los pilotos disfrutaban de las mismas libertades de navegación que los marinos en el océano. Como sucede con los barcos, la nación en la que el avión está registrado suele determinar la jurisdicción válida en ruta. Estas normas han hecho posible lo que hoy denominamos con el término general de «globalización», desde el turismo de masas a los envíos de un día para otro, y es evidente que son más útiles para el ser humano que un cielo cerrado o estrechamente regimentado y vigilado. Pero si el concepto del *ad coelum* siempre fue un tanto absurdo, en el plano teológico y en los demás planos, la idea de ponerse a regular el espacio aéreo también lo fue. [...]

«La «igualdad soberana» transforma el mapamundi en un tablero de Monopoly. Por un lado, los Estados-nación relativamente poco poderosos hacen lo posible, como es su derecho, por obtener beneficios. Pero las presiones ejercidas en dicha dirección — por sus propios pueblos, pero también por organismos internacionales como el Banco Mundial o el FMI— pueden acabar convirtiendo a estos países en unas marionetas manejadas por los capitalistas en beneficio personal. En gran medida, la capacidad de maniobra de un Estado depende del contexto en el que opera; a día de hoy, Suiza tiene mucho mayor peso que, por ejemplo, Palaos, pero cada país se inserta en el mercado mundial a su modo particular. Hay naciones ricas, como Luxemburgo, que lo hacen a través del arbitraje fiscal; las hay pobres, como Chad, que recurren a la venta de sellos de correos a cambio de calderilla. Y todo esto tiene lugar en tierra, en el mar y hasta en el espacio. «Sin apenas capital y con una plantilla de seis empleados, Tongasat de hecho está poniendo a la venta una bandera de conveniencia para satélites — escribió Anthony Van Fossen en aquellos días—, lo que permite a los capitalistas sortear o minimizar las regulaciones estrictas y la fiscalidad directa o indirecta propias de los principales Gobiernos que hasta la fecha han estado controlando el espacio exterior.»»

TITÁNICO

«El Titan había recorrido medio mundo, pero de hecho nunca llegó a estar atracado en Palaos. Daba lo mismo. Su vinculación con este país era deliberadamente artificiosa. Por lo demás, el crucero lo mismo había servido para un barrido que para un fregado. Durante la Guerra Fría transportó tanto a turistas soviéticos como estadounidenses, y al final del milenio daba trabajo a bailarinas británicas, cocineros egipcios y maquinistas rumanos. [...]

« Oleksander Babii se embarcó por primera vez en este navío en su ciudad natal de Odessa en 1983. Entonces lo hizo como turista, pero en 2011 se sumó a la tripulación en calidad de mimo a bordo. Al enterarse de su inutilización, en el otoño de 2022, pocos días después de que Vladímir Putin se comprometiera a extender su guerra en Ucrania, Babii se sintió desolado. «¿Esto que dicen es verdad? No tenía ni idea — escribió—, la verdad es que no sigo las noticias del mundo, porque aquí estamos en guerra. Pero si es cierto, pues claro que me duele. Lo siento muchísimo.» Otro tanto sucedía con los 3.700 miembros de una página de Facebook creada en honor del buque, donde antiguos pasajeros expresaban su nostalgia por los veranos disfrutados a bordo del Titan. [...]

«El Gruziya reunía todos los requisitos: podía empezar a trabajar a finales de mayo y tenía capacidad para acomodar hasta setecientos pasajeros. Un consignatario de buques que representaba al Pentágono entró en contacto con otro consignatario, quien se dirigió a los

gestores del Gruzija. Estos se ofrecieron a trabajar por 34.000 dólares por jornada, imponiéndose a sus competidores. Así fue, prácticamente de la noche a la mañana, como el barco dejó de ser un crucero para borrachines y se transformó en una instalación que ayudaba en la «interceptación, recepción, transporte, retención, seguridad, control y procesamiento de los migrantes haitianos». El Gruzija no era el primer navío reclutado para este tipo de labor, conocida como «interceptación» en los círculos políticos y jurídicos. Desde hacía décadas, Estados Unidos tomaba medidas extraordinarias para mantener a los inmigrantes en general»

«La historia de la interceptación empezó a finales de los años sesenta, cuando los haitianos normales y corrientes, hartos de la corrupción y la violencia inherentes al régimen de Duvalier, comenzaron a abandonar el país. Primero lo hicieron en números relativamente pequeños, mucho mayores después, en embarcaciones de todo tipo: desde precarios botes inflables a buques de vela fabricados de forma experta. [...]»

«[...]Esta imprecisa situación jurídica implicaba que los haitianos retenidos en la base no disfrutaban de protecciones como el *habeas corpus* o el derecho a un abogado. Tampoco podían solicitar asilo en Estados Unidos de forma directa, pues Guantánamo era un simple recinto de alquiler, sin formar parte del país en el que es obligado hacer estas solicitudes. Nada de eso, primero era preciso «cribar» a los haitianos antes de darles la oportunidad de pedir el asilo. Entre una y otra interceptación naval y retención a distancia, Estados Unidos recurrió a tres extraordinarios ardides extraterritoriales en los años noventa.»

« A fin de poner coto a la inevitable competición a la baja y asegurar el cumplimiento de las normas elementales de seguridad, unas cuantas decenas de países han firmado varios memorandos que permiten a las autoridades portuarias locales acceder a las embarcaciones atracadas en sus muelles e inspeccionarlas si se sospecha que en ellas se produce maltrato laboral, contaminación del medio ambiente u otras transgresiones específicas. Pero las inspecciones tienen lugar con menor frecuencia de la ansiada por los trabajadores, y la delimitación de responsabilidades resulta complicada. Es frecuente que el Estado con la bandera de conveniencia oscurezca de modo deliberado quién es el verdadero propietario del buque, lo que significa que, si algo marcha mal a bordo, no es fácil apelar a los tribunales. [...]»

«[...] los trabajadores se hallaban atrapados, de forma surrealista, en un minúsculo territorio liberiano, lo que en nada ayudaba. Y todo esto sucedía, no porque el sistema no funcionase, sino porque funcionaba. La bandera nacional no protegía derecho alguno; muy al contrario, se trataba de una ficción jurídica ideada para que la compañía de un país pudiera alegar que en realidad era de otro lugar. De una forma que no llega a sorprender del todo, los orígenes de esta ficción en realidad no eran liberianos, sino tan estadounidenses como la Coca-Cola. Para entender por qué Liberia se puso a vender su bandera a armadores poco escrupulosos, hay que volver atrás en el tiempo y dirigirnos a Panamá, país que principios del siglo XX tomó la aciaga decisión de abrir su registro naval, no ya solo a ciudadanos panameños, sino a los propietarios del mundo entero. El objetivo inicial fue el de acrecentar la flota mercante del país — aunque no fuera más que en el papel— una vez que el canal de Panamá — construido por Estados Unidos— abriera sus compuertas en 1914. »

«Los abogados de Standard Oil también recurrieron a Panamá, sobre todo después del estallido de la guerra mundial, cuando las leyes estadounidenses de neutralidad restringían los movimientos de los barcos con la enseña nacional. En paralelo, la diplomacia estadounidense aconsejó a Panamá sobre los mejores modos de sacarle partido económico a su incipiente negocio con la bandera a través de una red de embajadas y consulados dispersos por el mundo. El negocio con el tiempo iba a brindar 45 millones de dólares anuales al país.»

«El truco de la bandera era ingenioso. También era perfectamente legal, según recientes regulaciones estadounidenses y la sentencia de un tribunal internacional décadas atrás. En 1905, el Tribunal Permanente de Arbitraje en La Haya juzgó el caso de «los *dhow*s de Mascate» (los *dhow*s son las embarcaciones tradicionales con vela latina, típicas del golfo Pérsico). Ello después de que el Reino Unido denunciara la práctica francesa de prestar la bandera nacional a presuntos traficantes de esclavos (nótese que Estados Unidos también había recurrido a enseñas de conveniencia para el transporte de esclavos desde África). El juzgado dictaminó que «en términos generales, toda Soberanía tiene la potestad de decidir a quién concede el derecho de ondear su pabellón y qué normas precisas han de regir las concesiones de esta naturaleza». En otras palabras, cada país tenía la prerrogativa de decir qué barcos eran suyos, sin que ninguna otra nación pudiera hacer algo al respecto. Este veredicto sigue respaldando el reabanderado a día de hoy, ya sea porque los navieros quieren eludir sindicatos, embargos comerciales, impuestos, leyes de inmigración o normativas medioambientales.»

A SELECCIONAR SE HA DICHO

«Al igual que Boochani y los otros 4.249 refugiados sujetos a este tratamiento, Aziz no tenía idea de cuándo, cómo o siquiera si lograría dejar atrás este infierno hecho por el hombre. Para matar el tiempo y para preservar cierta sensación de autonomía personal, empezó a organizar reuniones y protestas, a ayudar a otros refugiados a conseguir atención médica y a llamar la atención sobre las sórdidas condiciones de vida valiéndose de un teléfono entrado de contrabando cuando los guardias, papuanos en su mayoría, hicieron en algún momento la vista gorda. Se carteo con un periodista radicado en Melbourne, al que envió grabaciones donde los detenidos revelaban los horrores con que se encontraban en esta prisión extraterritorial, desde el tedio cotidiano a disturbios y algaradas. Al hacerlo, Aziz terminó por convertirse en uno de los rostros visibles en relación con la represión australiana de la inmigración y fue nominado a un prestigioso premio de derechos humanos. Por eso ahora acudía a Ginebra.»

«Pues si bien Ginebra desde siempre es la ciudad de los agujeros y resquicios, también lo es del refugio. Ginebra es la cuna de numerosos organismos internacionales y de leyes cuyo objetivo es proteger a los refugiados como Aziz de lugares como Manus. También ha sido hogar de lo que el historiador Quinn Slobodian llama la «Escuela de Ginebra», un círculo de economistas neoliberales popularizado por Ludwig Von Mises y Friedrich Hayek, promotores de una ideología de fronteras abiertas para el capital pero no para las personas. Mientras que los internacionalistas de los años veinte soñaban con una sociedad universal a orillas del lago Lemán, estos economistas tenían en mente algo parecido, con la salvedad de que el mundo que proyectaban estaría organizado en torno a la competición mercantil, y no a la cooperación democrática. [...]»

«[...]Directamente inspirada en los operativos estadounidenses de interceptación en el Caribe, según afirma el especialista en Derecho Daniel Ghezelbash, esta iniciativa australiana para restringir la inmigración se basaba en el recurso desmesurado a las excepciones — espaciales, temporales y políticas— con intención de saltarse a la torera las responsabilidades humanitarias del país. En lugar de barcos soviéticos y bases navales en Cuba, Canberra acotó un archipiélago de islas para utilizar como zonas y centros de detención extraterritoriales en los que ciertos derechos no serían de aplicación. »

«Era una de las pocas cosas en que todos estaban de acuerdo». En su libro sobre la detención extraterritorial, Gleeson entrevistó a varios subcontratados para trabajar en Nauru o Manus, quienes se quedaron atónitos al ver que «nada tenía sentido, pero todo el mundo se comportaba como si lo tuviera». «No me resulta fácil explicárselo a mi familia o a los amigos en nuestro país,

por lo que al final mantengo una relación tan intensa como rara con la gente en la isla, por-que somos los únicos que nos hacemos cargo — le dijo una visitante—. Ese lugar no puede ser más insalubre [...] más artificioso.» Tales testimonios encajan con las extrañas sensaciones que otros describen en relación con lo extraterritorial. En el curso de una visita a la bahía de Guantánamo, el antropólogo Jeffrey Kahn sintió desasosiego al recorrer «el extraño, confuso amasijo de lo viejo y lo nuevo» en dicha base naval. Cait Storr, quien estuvo cierto tiempo en Nauru como asesora jurídica del Parlamento de la isla, recordaba que al pasear por una playa advirtió que un carguero desaparecía por la línea del horizonte... y que ella de pronto perdió el equilibrio y cayó en la arena. «En ese momento me di cuenta de que no me había limitado a subir a un avión y trasladarme a otra ubicación en un mundo prefijado, a volar de un punto a otro — escribe—. En lugar de ello, el propio mundo se desplegaba de una forma diferente desde el lugar donde me hallaba. En aquella playa, ya no tenía sentido pensar que Nauru era una anomalía en el ordenamiento internacional. En tanta medida como París, Nueva York, Londres, Japón, Alemania y Australia, Nauru era lo que era. Y yo ni me había enterado.» »

«También hablamos sobre el globo escondido. Expliqué que mis orígenes ginebrinos me ayudaban a entender Manus y Nauru como emparentadas con actividades extraterritoriales de otros tipos: seguramente no son lo mismo en el plano moral, pero es evidente que se basan en la misma lógica y sin duda facilitan la extensión de las ideologías nacionalistas en un mundo globalizado. (Una diferencia es que los centros financieros extraterritoriales de vez en cuando ceden a las presiones y terminan por tapar agujeros legales. Ningún Estado ha tenido que afrontar una reprimenda formal, y menos aún una denuncia en un tribunal internacional, por mantener a personas detenidas en estos complejos deliberadamente situados fuera de su jurisdicción nacional.) [...] Pero ¿en el fondo no es algo parecido? ¿No se da parecida abstracción y oscurecimiento? ¿No nos encontramos ante la explotación de resquicios legales con intención de alegar inocencia si las cosas van mal dadas?, ¿ante un amoral empeño en sembrar la confusión? Ya puestos, Ginebra es ejemplo de que un refugio para el dinero, la riqueza y lo material también puede ser un refugio para las personas, la justicia y el orden; de que estas fuerzas no se excluyen mutuamente, sino que a veces incluso se sustentan entre sí a costa del mundo que las rodea.»

LAOS VEGAS

«Se trata de la separación entre las personas y el capital, bajo la ficción de que puedes tener lo uno sin las otras, que durante siglos ha animado tantos puertos francos, zonas francas y demás extrañas jurisdicciones. Pero si los representantes de Haicheng con quienes habíamos hablado estaban bien informados, la frontera humana pronto podría trasladarse hasta aquí. Dejaría de estar situada junto a la estupa dorada y facilitaría las cosas a la clientela china de Boten, que ahora podría visitar sus bloques de apartamentos en Laos, explorar la selva de Laos, bañarse en un lago artificial de Laos y contemplar las danzas y los cantos de unas bailarinas de Laos sin necesidad de entrar en Laos. No del todo, cuando menos. Las dos fronteras — la reservada a las cosas y la designada para las personas— quizá terminen por reunirse aquí, junto al tren. Sería la mar de conveniente que las dos volvieran a estar en un solo emplazamiento. [...]»

«Era el único vestigio del dudoso pasado de Boten que íbamos a ver de forma abierta. A pesar de los reportajes anteriores a la pandemia que hablaban de la venta ilegal de productos de origen natural, como la bilis de oso negro, y de un artículo publicado por *Outside* en 2019 que mencionaba el contrabando de elefantes a China vía Boten, parece ser que los negocios de este tipo se han trasladado al Triángulo de Oro. Se habla de que allí encuentras tigres metidos en jaulas a plena vista de todos, *callcenters* con finalidades delictivas y operados por jóvenes desventuradas sacadas de sus hogares con la promesa de un buen empleo, una mafia paramilitar que impone su ley en las calles.[...]»



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat Farran

Responsable de Comunicación Área de Ensayo

682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es